

VOLANDO LOS CIELOS INTERIORES

Las siete rutas de las Notas Musicales

(Prólogo)

Me dispongo a escribir un prólogo. Si lo leen es que lo he conseguido. No soy escritor ni prologuista ni nada parecido. Mi profesión es pilotar aviones desde hace catorce años. La verdad es que jamás pensé dedicar un rato a redactar la introducción de un libro. Pero ahí voy, me empeñaré seriamente en esta tarea.

Anthel me lo sugirió cuando regresábamos de un destino que no es el caso mencionar. Dijo que era la persona indicada para hacerlo porque represento lo que él relata desde otra latitud. Volaba, así era como lo decía, por los cielos interiores, mientras que yo lo hago por el que está encima de nuestras cabezas.

Tuve varios encuentros con él y sus compañeros de viaje y en ciertas ocasiones les brindé mi apoyo en sus desplazamientos. La verdad es que lo hice con gusto porque tuvimos momentos muy especiales y me gustó conocerlos.

Recuerdo la primera vez que les ofrecí la oportunidad de viajar ignorando cuestiones técnicas, horarios o un over-booking. Fue uno de esos días caóticos de trasiego a los que ya estamos acostumbrados los que pilotamos. Y nosotros tenemos recursos con los que solventar imprevistos que un pasajero no puede controlar.

Bueno, quizás me voy por las ramas; estoy acostumbrado a estar por ahí arriba y eso se debe notar. Pero estoy seguro de que al leer el libro verán por qué llamaron mi atención y por qué me sorprendió conocerlos. Fui un testigo directo de lo que sucedía a su alrededor.

La primera vez que me los topé fue en una sala de espera del aeropuerto de Ginebra antes de embarcar en un vuelo hacia Barcelona. Al cruzar por la sala con mi tripulación me quedé desconcertado. Estaban revisando unos sobres y los desgranaban uno a uno. Daba la impresión de que señalaban el lugar de un tesoro o que en ellos estaban escritas las señas de un descubrimiento muy especial. Después supe por ellos que no se percataron de mi presencia.

Más adelante los fui conociendo y me enteré de que lo que hacían era ir detrás de las notas musicales. ¡Vaya cosa y menuda sorpresa! No sé de música pero confieso que me alucinó.

No diré nada de la técnica o manera de conocer las susodichas notas

musicales, no es de mi incumbencia. Esto lo explicará quién o quienes lo han vivido. Solo me referiré a mi decisión de aceptar colaborar con el prólogo. Y la verdad es muy simple.

Resulta que jamás había logrado entender que los deseos de la vida, como la felicidad, una ilusión por alcanzar, un deseo pendiente, incluso las aspiraciones inalcanzables, están dentro de lo que sucede cada día, muy cerca, en el círculo de uno mismo, lo que ellos llaman el cielo interior.

No sabía de la importancia de descubrir esa parte individual que nos envuelve y que siempre está en el mismo lugar. Lo más deseado se esconde en lo cercano de cada momento. Al entenderlo he logrado sentirme bien, estar a gusto y en paz conmigo mismo. Para mí esto fue un gran descubrimiento.

También mencionaré otro hallazgo que hice con ellos. Se trata de que hay dos vidas en mí. Bien, la primera es la que me supera siempre y termina en lo mismo, en la repetición de situaciones conocidas, con las mismas jugadas. La otra es la que está pegada a su lado, la vida que deseo vivir y que aventaja en todo a la primera. Esta segunda está constantemente volando (empleando sus palabras) hacia lo imaginado, pero no despegar por seguir actuando en las mismas repeticiones. Menuda incongruencia siendo piloto.

Así que los pasajeros que tuve el gusto de llevar hasta diversos destinos, me enseñaron que pilotaban su interior viviendo cada novedad y con su imaginación exprimían las sensaciones que siempre he querido tener para mí, pues, constantemente, lo revaloraban todo. Compartir con ellos varias horas y algunos vuelos fue un placer.

Personalmente, me gusta que todo sea claro y por eso jamás he elevado un avión hasta que todos los indicadores lo señalaran. Y ahora comprendo que guiándome siempre por lo evidente he olvidado lo invisible, que resulta tiene también nombre y apellidos.

A pesar de pilotar aviones y desplazarlos de un punto a otro, ellos llegaban más allá de cualquiera de esos puntos y lo hacían con simples instrumentos musicales. Con artilugios insignificantes, se inspiraban para llegar a una nota musical y captar lo más propio y personal de ella. No deja de ser gracioso que se trate de las mismas notas que tantas veces oímos en los altavoces, las mismas con que amenizamos el pasaje cuando tomamos tierra en cualquier aeropuerto.

Para mí y lo digo con admiración, fue un placer tenerlos a bordo. Creo que de esta manera, colaborando en este prólogo, entrego mi grano de arena a su particular manera de viajar. Y estoy seguro de que a los que desean hallar novedades les gustará saber cómo suenan esos viajes.

Terminé. En noventa minutos debo volar al aeropuerto de Zaragoza, desde allí mandaré esta sentida colaboración. Estoy ahora encantado porque lo he logrado. Creo que por fin acabo de realizar mi primer vuelo y el más lejano.

Mis saludos a Anthel y compañía, a todos los viajeros que van y vienen y a las notas musicales que se escuchan por doquier.

Comandante Ac
Piloto